

Los que explican.

El catedrático - prestidigitador

La historia es para él como las esferas de marfil de los juglares: una cosa con la que se juega, tirándola por los aires ó por los suelos, según se presente la ocasión. Las campañas nuestras en Flandes, justísimas y admirables, y el rey D. Felipe II, sublime; pero Carlos III un tanto ligero é inconsciente, y el Conde de Aranda un bribón pagado por los masones para que echara de España á los jesuítas.

El catedrático - prestidigitador tiene rencores. Como los toreros y los cómicos, habla mal de los sitios en que le silban. ¿Le pegaron en Granada y le gritaron en Loja? Pues hablará mal de ellas.

En lo físico, la naturaleza le dotó de las siguientes circunstancias: tener que presentar constantemente al público una nariz colorada y porrona, sobre la que él habituó á cabalgar las gafas; no poder mirar sino á través de unos ojos saltones y míopes sin expresión de ningún género, y versado precisado á rozar su puntiaguda perilla sobre el polvo de todo sucio pergamino ó antigualla que cae en sus manos. Del trato con las gentes tomó para su uso un torpe saludo, un habla mortecina y cierta canariera atrasada, que luce en las grandes ocasiones.

Comenzó su carrera explicando donde pudo y como pudo, y llegó á ser nombrado profesor del Archipámpano.

Al Archipámpano le sirve Historia de España con moho y telarañas, según frase feliz antes de ahora dicha.

Pero la especialidad de nuestro hombre está en la Historia con cubilete. Le emplea cuando tiene que explicar al más perillustre de sus alumnos. ¿Cómo hablarle de la Revolución, ó cómo mentarle á la Abuela? A todos nos es necesario conocer los hechos del pasado, para de ellos sacar enseñanzas para lo porvenir; pero no á todos se les puede decir las cosas del mismo modo.

La delicada misión del sabio juglar consiste en saber coger un hecho cualquiera y darle tres ó cuatro vueltas por su apollado meollo hasta que no pueda reconocérsele de ninguna manera. Por esto explica Historia. En el país de las Navas de Tolosa (200.000 moros difuntos, 3.000 camellos de botín; y todo por la gracia de Dios) son necesarias sus habilidades... ¿Hace falta pintar al Cid muy valiente? Pues que haga correr á los moros siempre y... hasta después de muerto. Luego vienen las joyas de Isabel la Católica. Y así sucesivamente. Nada de enseñar lo que puedo ofrecer enseñanza alguna para lo presente. El acrobatismo; el salto del clown cayendo siempre sobre el pañuelo ó tocando la ocarina. El secreto está en salvar una porción de cosas. En primer lugar los garbanzos, que suelen casi siempre estar reñidos con la verdad; y luego la leyenda del monarca genuinamente católico, del monarca de una moral tristísima é imposible para la vida y para el amor...

¡Qué pernicioso el malabarismo de la cátedra! No es la mentira ni la calumnia lo que producen la red de las maldades humanas, sino la mentira brillante y suave á la vez de que habla Ruskin, la falsedad amable, que en el historiador es mentira patriótica... convencional... y pobre.

Alberto Greslou.

Hacia la revolución.

La gente del campo

Á yo poder, formaría *el tren de los ricos*; llenaría los vagones de ministros, de generales, de obispos, de banqueros, de amos de periódicos, de todos los personajes y lo lanzaría á través de las campiñas españolas.

En el primer cortijo, la primer posada.

El séquito, brillante y lujoso, llenaría la ancha cocina cortijera; y junto á los montones de alcacer, el brillo de las condecoraciones, los colores llamativos y vistosos de las sotanas rojas, de las casacas de bordados, de los sombreros con galones, de los cascos con plumeros, sería de un efecto grandioso.

Luego distribuiría á los personajes:

—Tú, ministro, vete á la vezana; allí están los jornaleros trabajando como bestias. Entérate de su labor; aguanta como ellos, encorvado, todo el santo día; mira bien lo que trabajan y mira bien lo que comen.

—Tú, general, entra en esa casucha; mira ese catre donde ese hombre manco se entretiene en contar *chascos* de la guerra á esos mocosos que cuzcurrean un cacho de pan moreno. Mira bien á ese soldado, general. Entérate bien de los balazos que le pegaron en Cuba y entérate bien de las horas que lleva sin comer.

—Tú, obispo, llega á aquella choza; un hombre, preso en la hipoteca de un canalla, acaba de sufrir una ejecución; le han tirado á la calle; no tiene casa, ni calor, y está sentado en las ruinas, cantando sus *trinos* lamentadores, como el triste profeta de Jerusalén.

—Tú, banquero, mira á ese gañán. De-se de los doce años trabaja como un negro; tiene una novia joven, bonita, sana; se desespera, se retuerce por juntar dinero para crearse un hogar. Y es inútil, trabajo perdido. Cien años que tuviera, cien años se llevaría trabajando y sin poderlo conseguir.

—Tú, amo de un periódico, apóstol de la democracia, verbo y pontífice de la igualdad entre los hombres y eterno soñador de un socialismo indecible, llégate á ese grupo de cavadores, óyelos bien: ¿Sabes que trabajan de luz á luz? ¿Y sabes que ganan una peseta?

Este grupo, pegándole fuego á un molino, á una casería, hace más por esa revolución, con que tanto sueña, que todos esos socialistas á quienes haces la rosca con tus artículos *progresistas* y retóricos...

Haré, antes de seguir, una confesión: no soy político *actual*. Pienso que la política de ahora—política de *ciudad*, de conferencia, de besa la mano. de fórmula—no es más que para los ricos. Parece inspirada en aquel irónico versículo del *Eclesiastés*: «Para el pobre no habrá jamás ni ley ni justicia. Vale más morirse que vivir en la miseria...»

Pero los incendios de Motril han dicho ya que hay pobres que no quieren morirse, que quieren justicia y que, como no se la dan, se la toman por su mano.

Y esas llamas, penachos de un ansia vengadora, han llegado al cielo. . .

No, Sr. Moret. Cuando recibió usted el despacho de los labradores de Motril negándose á aceptar *la fórmula*—la piadosa fórmula con que los Larios le brindaban—, se puso usted más blanco que la cal. Por la primera vez un ministro se ha puesto serio; por la primera vez se le ha tirado á la cara al Gobierno una fórmula de avenencia.

Usted, Sr. Moret, sociólogo especulativo; como el Sr. Canalejas, socialista de ateneo, como los demás políticos demócratas, son ustedes más soñadores que nosotros, literatos, peregrinos del ideal.

No, Sr. Moret. Los jefes de la Unión Nacional ceden, á cambio, de actas; los primates republicanos transigen á cambio de mangonear; los prohombres carlistas se conforman, con tal de que á Nocedal se le tire al degüello; el Sr. Romero Robledo sale de Palacio cantando el más dinástico *sursum cordam*. Todos los jacobinos se amansan en la placidez del despacho ministerial, porque, al llegar á su casa, siempre tienen la mesa puesta.

Todos ceden, Sr. Moret. Todos menos esos jornaleros que rechazan las fórmulas porque las fórmulas no se comen y ellos necesitan comer.

A esos, á los gañanes, á los cavadores, á los pastores, á la *gente del campo*, debe encaminarse la política. Que salga del despacho ministerial, que se oreé, que respire el aire sano de las campiñas, que vaya la ciudad á buscar al cortijo.

Porque como venga el cortijo sobre la ciudad. . . . ¡Cuántas cosas quieren decir esos puntos suspensivos! . . .

Luis Algarinejo.

Paisaje del corazón.

...¿A qué quieres que te hable?...
 Deja... deja...;
 mira el cielo blanquecino, mira el campo
 inundado de tristeza...
 Sí, te quiero mucho, mucho...
 ¡Ay! Aleja
 tu mejilla de mis labios fatigados:
 calla... calla...; mi alma sueña...
 No, no llores, que tu llanto
 me da pena;
 no me mires angustiada, no suspires...
 Tus suspiros me molestan...
 Mira, mira cuánta sombra
 hay en la tierra;
 cuánto frío, cuánta bruma...; ¿no parece
 una hermosa virgen yerta?...
 Y allá arriba ya fulguran
 las estrellas;
 las estrellas somnolentas, como luces
 que acompañan á la muerta...
 ¡Cuánta bruma! ¡Cuánta sombra!;
 cierra, cierra
 los cristales... ¡siento un frío por el alma!...
 ¿Por qué, pálida, me besas?
 ¿Qué?; ¿qué dices?, ¿que te bese?...;
 deja...; deja...;
 mira el cielo ceniciento, mira el campo
 inundado de tristeza!...

Juan R. Jiménez.

GALDÓS DRAMATURGO

«Si Jesucristo bajara á estas menudencias del arte, no podría menos de exclamar: ¡Siempre habrá majaderos entre vosotros!»

(Prlg. de *Los Condenados*.)

Ha vuelto Galdós á intentar un nuevo pisotón sobre el cristal en que el alma de su pueblo se envuelve. El aguerrido luchador, cuya voluntad es tan maciza y fuerte como su talento, el más equilibrado—entre paréntesis—de la novela universal contemporánea, ha conseguido esta vez en el teatro lo que tantas otras le negaran, estúpidamente, críticos y público. Porque no será á buen seguro su *Electra* un drama más robusto en su fondo ni de superior técnica en su desarrollo que *Doña Perfecta*, el drama de entraña más española que hasta hoy se ha escrito. Obedece sin duda el tempestuoso éxito que su *Electra* ha tenido, más que al progreso del dramaturgo, pues de genio arriba no es dado subir, al del espíritu público de su país, cuyas alas, al fin, parece que reclaman de veras autonomía para su vuelo.

Galdós ha sido víctima en el teatro de la índole estática del espíritu de su pueblo, muerto para toda volición por espacio de dos siglos. Y á lo hostil que le fuera este grupo de humanidad-lingote, hay que agregar aquellos que, dándole silenciosamente la razón en los libros, inquietados sus espíritus por aquellas hondas hurgas, se la han quitado á voces en el teatro. Porque hay muchos españoles que habiendo fraguado su espíritu liberal en *Doña Perfecta* (la novela), en *Angel Guerra*, en *Gloria* (su peor novela como técnica), en *Tormento*, en *La Familia de León Roch* y en las enormes figuras de Monsalud y Sarmiento de los *Episodios*, no han transigido al verlos vivos en la escena.

Y la oposición al motivo y tendencia de sus dramas hermosísimos y sustanciales se ha extendido también á su parte artística y teatral. Porque en cada crítico español, como elemento meditativo y sensible, hay un concurrente de paraíso, con los ojos y oídos espirituales sometidos á un credo único, y por añadidura dado, no construído por la propia vitalidad, y á quien sólo mueven y conmueven las ideas y sentimientos correspondientes á su vida tirada á cordel, cristalizada en dogmatismos rocosos. Y para que esas mismas ideas le inquieten en conmociones, han de venir hinchadas en paradojas, envueltas en resplandores líricos, vestidas de atronadores endecasílabos y despeñadas en torrentes retóricos y fríos, á lo Herrera.

La literatura dramática española de hoy, fuera del gran Galdós y de Guimerá, á ratos no más, sólo es, como dice Unamuno, teatro de teatro. A mí no me parece tanto; creo que no pasa de calco, si no literal, espiritual y mental. Todas las pasiones en juego están arrancadas de las bibliotecas, no de la vida, sorbidas en el Siglo de Oro, en cuyo atronador romanticismo hociquean todos los escritores. Aunque traten ideas militantes y sentimientos del día, el fondo y la estructura general de sus dramas son de una edad remota. Bajo la blusa de cada personaje, hay un pecho de fidalgo; bajo la galera de otro, un morrión con penacho triunfante en Flandes. En éste, como en otros sentidos, la tiranía histórica es verdaderamente feroz en España. El hijo del pueblo hecho soldado, creíase hasta

ayer belicoso; se tenía por un combatiente de la edad de los Jaimes y de Roger de Lauria, quien, previo su permiso, y después de estamparles la corona de Aragón en las agallas, consentía que los peces siguieran nadando por el Océano. ¡Qué útil ha sido sacar al pueblo de su ensueño, y qué conveniente, aparte lo lamentable de toda tunda, el traerle al momento en que va viviendo...! Los que creen haberle hundido, le han dado nueva vida. Pero no es este ahora mi asunto.

El dogmatismo español, las testarudeces de credo, así el fanatismo ortodoxo como el fanatismo liberal, no han recibido ataques tan formidables como los dirigidos por Galdós. Eso es ver su pueblo, escribir para él y trabajar por su porvenir! Porque Galdós, además de un novelista tan grande como Balzac y de un dramaturgo no menos alto que Ibsen, es un patriota no igualado por Pelayo.

Varios críticos le han opuesto esto: «al teatro va el pueblo á emocionarse». Pero ¿caso no son las ideas fuentes tan ricas de emociones como el placer y el dolor? Y, aparte el padecer y el gozar meramente orgánico, ¿no son las ideas las que producen el conjunto de miserias y dichas que forman la trama eterna de la vida? ¿Qué se quiere decir entonces con «es un drama de ideas»? A la pluma se me viene aquella desesperada pregunta de Unamuno: «¿Será preciso para hacer sentir á uno eximirle de tener que pensar? Sin embargo, ¡qué hondo sentimiento en el pensar hondo!

Un drama sin ideas, de meros hechos escuetos ¿qué sería? A lo más un silencioso pugilato escénico. Pero no quiero exagerar el sentido del tonto dicho. Reconozco que lo pedido en él es drama de pasiones, vamos, que se enfurezca un individuo porque le han soplado la novia ó le han manoseado la mujer, causa de inauditas hecatombes, según el más sonado de los modernos dramaturgos españoles, cajero teatral de todo el tesoro fidalgo. Esta pasión del público por la acción teatral, por la carrera y el encontronazo, ¿no será una nueva faz del culto por la tauromaquia?

Y cuando falte consistencia real á los motivos enunciados, ahí está la calumnia, rico venero de dramas españoles y única tecla del armonium trágico de un autor que yo me sé. Entre nosotros, por ejemplo, surte poco efecto, porque la calumnia, en fuerza del uso, ha perdido toda su eficacia dramática. Y si en caliente y en vivo pensase y sintiera el aludido dramaturgo, en lugar de tragedias teatrales, las habría realizado en la calle, sa liendo, alfanje en mano, á cortar las inmillables lenguas de medio Madrid. *Récipe* para hacer dramas con el motivo calumnioso: «A perro rabioso se le pone una mordaza... y no muerde ¡quieto perro! (*aquí el actor abre y cierra la mano, indicando el movimiento de las prisioneras quijadas del perro*); no muerde la fiera ¡no!; pero la calumnia... ¡oh, la calumnia!... la ola que sube, la que baja, ya nos llega, ya nos cubre, ya nos anega, ya nos ahoga... ¡ola aplastadora, ola henchida de basura moral! ¡Oh, la ola, la ola!... ¡¡Ahí viene la ola!...» que es como decir: ¡Ahí viene el coco! Y en un pueblo tan atracado de supersticiones, el coco es un gran elemento teatral. El recurso del perro, la mordaza y la olita nunca falla arriba, ni abajo, entre los dignos de estar arriba, que en este caso es ponerlos abajo. El efecto es seguro, fruto de compás y de teodolito, más que de mente y de corazón. Cuando un ingeniero y un ingenioso se juntan en un dramaturgo, todo es justo, preciso, burilado y bruñido; sobre todo bruñido.

Y á Galdós, se le echa en cara esta falta de habilidad, diciendo en jerge de teatro: «No sabe mover los títeres.» Pero si él, á mover títeres, prefiere, ¡incanto!, mover personas, espíritus, conciencias. ¡Qué empeño en hacerle malabarista! «Le falta ingenio en el teatro»—agregan otros. El ingenio en el teatro y en todas partes es el talento mancado. Aparte de que á Galdós

no le falta este matiz del talento, aquel bello ingenio de que habla Gracian: «Acierta siempre en la novela, pero yerra en la escena». ¡Pamplinas! Toda su producción novelesca puede ser llevada al teatro; ya la va llevando él, y lo que deje, no faltará quien lo lleve. Lo que no quiere ni puede Galdós es reducir sus figuras á desesperados muñecos de escenario. No quiere que su vitalísimo mundo novelesco se le muera en su energía espiritual al sacarle al teatro para cobrar tan sólo vida de ajetreo.

A Galdós hay que escucharle; hay que oír la exposición que de su carácter hace Augusta en ese primer acto de *Realidad*, que sólo aburre á los majaderos, atentos no más á los *macanazos* de *Don Juan Tenorio* y de *Cyrano de Bergerac*; hay que ver en Viera el tipo del cretinismo bien educado, símbolo vigoroso de la degeneración de las clases altas europeas; en Orozco el ideal del hombre superior, figura trazada con una sobriedad de recursos admirable. ¿Y la *Peri*? Si *Fortunata* es uno de los caracteres más admirable que ha creado Galdós, la *Peri* debe serlo también, por que ésta es aquella en escena un tipo superior á todas las *Traviatitas*, como él suele decir.

La de San Quintín es una comedia, para mí, de una belleza extraordinaria. Nadie ha llevado á la escena el problema de la democracia con tal acierto ni con igual gracia y denosura, que diría don Juan Valera. El salero oculto, el alto salero, lo hemos conocido por la galdosiana condesa. Y en cuanto al fondo... ahí va una heregía, señores críticos... doy por *La de San Quintín* todos los discursos democráticos de Gambetta y de Castelar. Y si me apuráis un poco, todas las doctrinas económicas de Proudhon. Quiero repetir aquí lo que dije como redactor de un diario al presentar en su folletín *Los Ayacuchos*: «Lo que dice la condesa de *San Quintín* en la escena de la masa, en aquel bellísimo monólogo, es más fundamental y revolucionario que la fraseología retumbante con que atruenan algunos genios de paraiso teatral».

Galdós ha hecho más en su patria por la libertad, que todas las constituciones liberales; más que dos cruentas guerras civiles y mil quinientas asonadas y motines de cuartel.

Su cristianismo es puro y á la vez vivo, progresivo, como le quería Saint-Simón, sin sometimiento á vínculos canónicos, ó independizado de dogmas teológicos y asociado á la ciencia y á la vida, como le quiere Unamuno, quien dice en *La Fe*: Dios, en nuestros espíritus, es Espíritu y no Idea, amor y no dogma, vida y no lógica.

El gran fugigador del fanatismo ciego ha sufrido los combates de zapa de un enorme mundo, crispado en su envoltura de paño negro ante los golpes del airoso héroe, del gran maestro de la libertad. Ha resistido al empuje, tramado en las tinieblas, de los discoloros *agentes* de Dios, hormiguitas económicas que han hecho de los altares minas y graneros, y han llevado el *chantage*, como dice Maeztu, á las almohadas de los moribundos.

Electra ha conmovido á muchos espíritus, según nos comunica el cable. Nunca más á tiempo la obra del gran español. A las palmas de los primeros oyentes uní las mías en la madrugada de ayer, gritando con los limpios de corazón: ¡Viva el cristianismo del Evangelio! ¡Viva la libertad! ¡Viva Galdós!

Francisco Grandmontagne.

Otro amable milagro.

En ese tiempo Jesús aún no había salido de Galilea, de las márgenes del lago de Genesareth; mas la nueva de sus milagros llegara ya hasta Sichein, ciudad rica, entre viñedos, en el país de Samaria.

Una tarde, un hombre pasó, con los cabellos al viento, diciendo que un nuevo Rabbi, un nuevo profeta, andaba por las verdes colinas que van de Magdala á Cafarnum anunciando el advenimiento del reino de Dios y curando todos los males humanos.

Mientras descansaba junto al pozo de Jacob contó además que el Rabbi, en un campo, al pie de Cafarnum, había savado á un siervo del centurión romano, desde lejos y sólo con murmurar suavemente una palabra; y otra tarde, yendo de Galilea para la tierra de los Gerasenios, donde se hacía la recolección del bálsamo, resucitó á la hija de Jairo, hombre respetado, que leía en la Sinagoga.

Y como la gente que le rodeaba le preguntase si ese profeta nuevo era el Mesías y qué dulzura había en sus palabras, el hombre se levantó, empuñó el cayado y sin beber siquiera en el pozo donde bebió Jacob, desapareció, con los cabellos al viento, entre las rocas, por el camino que lleva á Bathania.

Mas una esperanza deliciosa, como el rocío de Hermon, refrescó las almas. La tierra pareció menos dura y el trabajo menos pesado.

Por entonces vivía en Sichein un viejo llamado Obed, señor de rebaños, señor de viñas, de una familia pontifical que, desde los antiguos cultos de Israel, sacrificaba en la cumbre del monte Ebal. Mas un viento abrasador, ese viento de desolación que viene, á la voz airada del Señor, del fondo de las tierras de Assur, mató las mejores reses de sus largos rebaños; y en las costas, donde él tenía más de mil pies de alegres y verdeantes viñas, reinaba ahora la esterilidad más completa. Obed, con la cabeza escondida entre el manto, se lamentaba á orillas del camino.

Después, oyendo hablar en Sichein del Rabbi de Galilea, que alimentaba las multitudes y curaba todas las desgracias humanas, Obed, hombre listo, pensó interiormente que el Rabbi sería uno de esos hechiceros que maravillaban la Judea, como Apolonio, el de la voz de bronce, y el sutil Simón de Samaria. Esos mismos, que en noches oscuras conversan con las estrellas y saben las palabras que ahuyentan los negros moscardones llegados de los lodazales de Egipto.

Jesús, más poderoso que Apolonio, más sutil que Simón, sustraería á la muerte sus ganados y haría reverdecer sus viñas. Obed llamó á sus siervos y les ordenó que fuesen á buscar al Rabbi por las ciudades de Galilea.

Los siervos cñéronse los cintos de cuero y se fueron veloces hacia el Norte por el camino de caravanas que conduce á Damasco.

Una tarde avistaron, sobre el poniente bermejo, las nieves del monte Hermon. Después el lago de Genesareth resplandeció delante de ellos, límpido, azul, envuelto en la frescura de la mañana: un bando lento de cigüeñas blancas cortaba el cielo claro, volando hacia las cumbres de Safed; la nueva ciudad de Gamala blanqueaba, con dulces reflejos de mármol, entre la espesura, y el agua, transparente y sin murmullos, bañaba los pies de las hierbas altas y los almendros floridos.

Un pescador que allí desamarraba trabajosamente su barca les dijo

que el Rabbi había abandonado Galilea, partiendo con sus discípulos hacia Galaad, por el sitio donde desciende el Jordán.

Los siervos siguieron, corriendo, sin reposo, hasta el lugar donde el río santo, más bajo, tiene un largo remanso, y duerme un instante, inmóvil y verde, á la sombra de los tamarindos.

En la entrada de una cabaña hecha de ramas, un Essenio, cubierto de pieles de cabra, hurraño y salvaje, gritóles que Jesús, solo, se había alejado por *allá*...

Mas ¿dónde era *allá*?

El Essenio, con un gesto brusco, indicó vagamente las montañas de Judea, Engadi, y las fronteras rojas del reino de Askenth, donde se yergue, siniestra sobre su altura, la ciudadela de Makaur.

Mas en vano los siervos, jadeantes, llegaron hasta el país de Moad: Jesús no estaba allí.

Un día, ya de vuelta, un escriba, que regresaba de Jericó, pasó ante ellos montado en su mula. Los siervos de Obed le rodearon, preguntándole si sabía del profeta de Galilea que hacía milagros. El hombre de la Ley les respondió agriamente que no había profetas ni milagros fuera de Jerusalén, y que sólo Jehovah era fuerte en su tiempo; y en nombre del Señor de Israel les persiguió á pedradas.

Los siervos huyeron hacia Sidón. Y grande fué la desconsolación de Obed porque sus rebaños morían y sus viñas se secaban, al mismo tiempo que crecía en Samaria, consolador y lleno de promesas, el nombre de Jesús de Galilea.

Un centurión romano, Publius Septimus, mandaba entonces en el fuerte que domina el valle por donde se va á Cesarea y al mar.

Publius era hombre próspero, y gozaba además los favores de Flaccus, legado imperial en Siria.

Mas desde algún tiempo su hija única é infinitamente amada, languidecía de un mal extraño, incomprendible para los mismos magos y escualpios que él mandara consultar en Sidón y en Tyro.

Blanca y triste como la luna, sin quejarse y sin hablar á su padre, se dejaba morir, sentada en la explanada del fuerte, mirando melancólicamente las lejanías azuladas del mar de Tyro, por donde ella vino de Italia, en una galera, con soldados.

A veces, á su lado, un legionario, entre las almenas, apuntaba lentamente á lo alto su flecha, señalando á un águila real que extendía sus alas serenas sobre el azul.

La hija del Septimus seguía el vuelo del ave hasta verla caer muerta sobre las rocas; después, más triste y más pálida, continuaba mirando al mar.

Septimus había oído hablar de los milagros del Rabbi, tan potente sobre los espíritus, que curaba todos los males. y destacó tres decurias de soldados para buscarlo por todas las ciudades de la Decapolis, en la Perea, y á lo largo de la costa hasta Ascalón.

Los soldados metieron sus escudos dentro de sacos de lona, y partieron, haciendo resonar sus férreas sanabalias á lo largo de las tres calzadas romanas que se entrecruzan en Samaria.

De noche sus armas brillaban en lo alto de las colinas, entre los rojizos resplandores de las antorchas.

De día penetraban en las casas, rebuscaban en la espesura de los pomares; y las mujeres les traían higos, y odres llenos de vino de Safed, que ellos bebían, á dos manos, de un trago, sentados en el llano, á la sombra de los sicomoros.

— Cuando llegaban á los puestos romanos y decían el nombre de Septimos, nuevos legionarios, procedentes de las cohortes sirias, se les juntaban, llevando sobre el capacete, ramos de oliva.

Mas, poco á poco, estas inútiles marchas, en busca de un Rabbi judío, les irritaban. Hacían parar las caravanas y maltrataban á los aldeanos, llamando el nombre de Jesús.

Al divisarlos, los pastores de Idumea, los que dan las reses blancas para el Templo, se esconden en la espesura de los montes; y junto á los cercados de las villas, los viejos sacuden sobre ellos las manos llenas de malos presagios, invocando la cólera de Elías.

En las cercanías de Hebron, arrastraron fuera de sus grutas á los Solitario, para arrancarles el nombre del desierto ó del palmar donde se escondía Jesús de Galilea; y la ignorancia de unos mercaderes que venían de Joppe, con un cargamento de sándalo y mirra, y que no habían oído jamás el nombre del Rabbi, fué considerada como un delito y pagaron veinte draemas al decurión.

Así prosiguieron hasta Ascalón; no encontraron á Jesús, y retrocedieron á lo largo de la costa, enterrando sus sandalias en arenas ardientes.

Una madrugada, junto á Cesárea, vieron, sobre un fresco otero, un bosque de laureles donde albeaba recónditamente el frontis liso de un templo.

Un viejo de barbas blancas, vestido de albo lino, esperaba allí, grave y religiosamente, la aparición del sol.

Los soldados, desde abajo, preguntáronle, agitando los ramos de oliva, si él sabía de un profeta de Galilea que hacía milagros.

El viejo, sereno y sonriente, les dijo que no había profetas ni milagros, y que sólo Apolo Delfico conocía el secreto de las cosas.

Entonces los soldados, cansados de divagar, con la cabeza baja, como en un día de derrota, regresaron al fuerte de Samaria.

Y grande fué la desesperación de Septimus porque su hija moría sin exhalar una queja, sin hablar á su padre... Y la fama de Jesús de Galilea iba subiendo, iluminando toda la Samaria, como la aurora cuando se levanta detrás del monte Hermon.

Junto á Sichein, en una choza, vivía entonces una viuda desgraciada entre todas, que tenía un hijo enfermo de fiebre.

En la lámpara de barro rojo se había secado el aceite.

El grano faltaba en el arca; el ruido adormecedor del molino doméstico había cesado, y esto era en Israel la señal evidente de la más infinita miseria.

La pobre madre, sentada en un banco, lloraba; y tendido sobre sus rodillas, envuelta en harapos, pálida y temblorosa, la criatura le pedía, con voz más débil que un suspiro, que fuese á llamar á ese Rabbi de Galilea (de quien había oído hablar en el pozo de Jacob), que amaba á los niños, nutría las multitudes y curaba todos los males humanos con la caricia de sus manos.

La madre decía, llorando:

— ¿Cómo quieres tú, hijo, que yo te deje y vaya á traerte al Rabbi de Galilea? Obed es rico y tiene siervos. Yo los vi pasar, y en vano buscaron á Jesús por arenas y ciudades, desde Chorazin hasta el país de Moab.

Septimus es fuerte y tiene soldados. Yo los vi pasar. Habían preguntado en balde por Jesús desde el monte Hebron hasta el mar... ¿Cómo quieres tú que yo te deje? Jesús está lejos y no conoce nuestro dolor. Sin duda el Rabbi que, lee en las nuevas sinagogas, no escucha las quejas de esta madre de Samaria, que sólo sabe ir á orar, como otra cualquiera, á la cumbre del monte Gerazín.

La criatura con los ojos cerrados, pálida y como muerta, murmuró el nombre de Jesús.

La madre decía, llorando:

—¿De qué me serviría, hijo mío, ir á buscarlo? Largas son las calzadas de la Siria y corta la piedad de los hombres. Viéndome tan pobre y tan sola hasta los perros saldrían á ladrarme á las puertas de las casas. Jesús murió sin duda y con él han muerto, una vez más, todas las esperanzas de los tristes.

Pálida y desfallecida, la criatura murmuró:

—Madre, yo quiero ver á Jesús de Galilea...

Y luego, abriendo quedamente la puerta y sonriendo, Jesús dijo al niño:

—Aquí estoy.

Eça de Queiroz.

POETAS BRASILEÑOS

La muerte del Jaguar.

Rosna el viejo jaguar, triste y doliente
allá en el bosque: la temida fiera
se dobla de vejez y la postrera
niebla cubre su vista ya impotente.

La inmundada mosca, terca, impertinente,
zumba en redor, y la serpiente artera
muerde su cola, y corre aventurera
la hormiga por su cuerpo indiferente.

Apenas interrumpe el sanguinario
sonar del héroe, el grito en los ramajes
del cordero medroso y solitario...

ó á través de las brisas y oleajes
el lejano tropel, confuso y vario
de un rebaño de búfalos salvajes.

Luis de Guimarães.

(Trad. de Viriato Díaz y Pérez.)

UNA NOVELA INTERESANTE

LA EDUCACIÓN JESUÍTICA

La casa editorial de Sempere acaba de publicar *Sebastián Roch* (La educación jesuítica), una de las mejores obras de Octavio Mirbeau.

Sebastián Roch es la historia de un niño á quien la fatuidad de su padre encierra en un colegio de jesuítas para recibir una educación que anula su inteligencia y mata su virilidad.

El brillante y enérgico estilo de Mirbeau, sus magníficas descripciones y la magistral pintura de los caracteres hacen de *Sebastián Roch* una de las novelas más revolucionarias y artísticas de nuestra época.

El libro, editado con mucho gusto, forma un gran volumen de 308 páginas, vendiéndose á una peseta en todas las librerías.

LA POLITICA

Se enardecen los ánimos, se formaliza la lucha entre liberales y clericales. Los timoratos barruntan en esas ligeras escaramuzas una nueva guerra civil. ¿Aciertan? ¿Se engañan? Veamos.

Ha ocurrido en nuestra patria un fenómeno muy natural y, por lo tanto, muy explicable. Desde el principio de la regencia dominaba la clase sacerdotal en la política, y más aún en las costumbres y en la vida social. Era, pues, una realidad el clericalismo.

Los guerrilleros del catolicismo, los regulares, se habían apoderado de la enseñanza y de la beneficencia. Y de ellos, muy particularmente los jesuitas, sobre monopolizar la enseñanza de la juventud dorada, eran dueños de las familias ricas. En la gabela de los padres de familia metían las manos; en la conciencia de las mujeres introducían su espíritu. En Madrid, hasta la aristocracia se libertaba del monstruo. No pecaba aquí muy visiblemente. Dominaba en ciertas épocas del año á la generalidad. Arruinaba, sí, á algunas familias. Sin embargo, se dieron casos alarmantes: el de cierta dama, á la que hubo de amparar el propio Silvea, el de la esposa del ilustre Federico Rubio, el de la señorita Ubao...

Eso probaba la gravedad de la dolencia. Llegaba á notarse en el descreído Madrid la epidemia jesuítica, cuando se había hecho endémica en casi todas nuestras capitales de provincia, no solamente en Santander la sería, hasta en la risueña Cádiz. No se tiene todavía en Madrid clara idea de lo que es el jesuitismo, de su poder, de su influencia. Cambia las costumbres. Díjérase que hasta modifica el color del cielo. Da al ambiente urbano un color gris plomizo, especial, jesuítico. La manera de hablar cambia. Las modas se transforman, lo mismo que las diversiones. Se galantea en el templo, se coquetea en el confesonario, no en el paseo ni menos en el teatro. Las señoritas distinguidas de la localidad, las hijas ó siervas de María, no cantan, rezan; no bailan; organizan novenas y rosarios, en vez de cotillones y giras campestres.

El padre Fulano es su director espiritual, es el San Antonio que la busca novio y la da marido. El novio es un *Luis*, un joven modoso, hipócrita, taimado, ó un buen chico en el fondo, que va á la devoción jesuítica porque van otros, porque lo considera de buen tono. A veces también es un egoísta, que busca en el Círculo de los *Luis* ó de los *koskas*, una posición social y una esposa con dote.

Se creyeron dueños de España. Y como todo el que cree en la omnipotencia de su poder, se obcecaron.

Dueños parecían de todo. En Palacio tenían á Montaña. En el ejército á Polavieja y Azcárraga. En la política á los liberales por adulación al Trono y á los conservadores, muerto Cánovas, que los tuvo á raya, por convicción ó hipocresía. A muchos republicanos por una mal entendida tolerancia. A la Prensa, á la gran Prensa, por equivocado interés. A no pocos escritores porque en París se *llevaba* el misticismo y en la colina de Montmatre se elevaba la iglesia del Sagrado Corazón; á los filosofastros y falsos sabios porque Brunetière había decretado la bancarrota de la ciencia. España parecía suya.

No lo era. Hasta los radicales de siempre; hasta los que por educación

y hábito hemos sido anticlericales cuando serlo era prueba de mal gusto, nos hemos llevado solemnísimo chasco.

No estudiábamos bien, nuestros prejuicios nos estorbaban para observar, para analizar, para ver. Todo es de ellos, y más que nada es suya la juventud, cuya razón han moldeado como se moldea la cera entre los dedos. Así pensábamos. ¡Valientes pensadores!

El exceso del mal traje el remedio. Los industriales, los comerciantes que en Zaragoza guardaran respeto al clero, heridos en la bolsa, que es donde tienen el corazón esas clases, por la competencia, han protestado. Los profesores laicos olvidados, despreciados, sin alumnos, han gritado. Romero Robledo, deseoso de que la opinión le siguiera, se puso con su instinto político delante de ella, avisando á gritos el peligro de una inundación clerical. Una imprudencia de Montaña, el confesor de la Reina y educador del Rey, hace dar á Blasco Ibáñez cuatro voces en el Congreso que estimulan á Canalejas á forzar la nota de sus discursos. La Prensa se estremece, siente en la administración que el público responde, y allá va, como siempre, adulando á la multitud. Y, entonces, el atento oidor Galdós aparece en el escenario del Español con su *Electra*, y en una noche destruye la obra de años. El triunfo. La victoria moral está lograda.

Los que iban al templo porque allá iba la gente, van ahora en peregrinación á presenciar, contra el consejo de sus pastores, las representaciones de *Electra*. Y aquella juventud que los de la generación inmediatamente anterior conceptuábamos jesuítica, vieja, egoísta, decadente, castrada, he ahí que se presenta alocada, potente, abnegada, fuerte, juvenil, amando la vida, creyendo en la verdad y en la belleza. ¡Oh, gran Galdós! Ha hecho más que sacar agua de una peña; ha hecho brotar juventud y vida de quienes por *poco* aparecían viejos, desilusionados, almas muertas.

Pero he aquí que el viejo Sagasta vuelve al poder. Se establece tácitamente una tregua, un compás de espera. El Gobierno no sabe que hacer; los liberales, los republicanos—como solía acontecer á los antiguos progresistas—no saben qué pedir. Y la juventud, como lo que es, se distrae fácilmente.

La Iglesia no. Va á su negocio. Se rehizo, echó de ver la vacilación del Gobierno. Dió un paso adelante y cubrió la brecha con pastorales, con sermones y con boinas. La amenaza carlista hizo efecto, aparente en los conservadores; real en estos pobres liberales de Sagasta y en una gran parte de la opinión.

El ministro de Hacienda da una circular.—Ya tenéis algo positivo. ¿Qué más quiere el radicalismo?—dicen los periódicos que esperan actas del Sr. Moret.

Se habla ya de los dos fanatismos; los impacientes de ayer se han colocado en el prudente justo medio; se distingue casuísticamente entre la libertad y la licencia; se oye gritar: ¡No empujad! ¡No empujad! á los que estaban bien colocados, y Sagasta, pontífice y oráculo de la vulgaridad, sonrío y dice:—¡Oh! En España no es posible proceder como en Portugal y en Francia, porque en España ¡hay carlistas!—Y desde el comedor del presidente hasta el más menguado mostrador de la más mezquina tienda de la última aldea, el eco va repitiendo: ¡Hay carlistas! ¡Hay carlistas!

El miedo llevó á Sagasta á la guerra; y el miedo le hizo admitir el tratado de París. El miedo desde hace tiempo rige la política española.

¡Miedo! ¿A quién? A los carlistas echados de Vizcaya por la riqueza, diezmados por la muerte de sus veteranos, corrompidos por la general podredumbre, y la de un vicioso señor, un vividor cosmopolita, no hay que temerlos. Los republicanos que ahora se ponen á discutir la distan-